

DAVID ALBERTO COSSIO

Nació en San Luis Potosí, en 1883. Murió en la Ciudad de México, D. F., en 1939.

Poeta, historiador y dramaturgo, fue autor de la *Historia de Nuevo León* (1927-1928); algunos de sus trabajos se publicaron en el Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística, como *Un Libro sobre los Cakchiqueles* y *El Padre Mier y la Bandera Nacional* (1939); Escribió también comedias teatrales tales como: *Los amigos del señor gobernador*. *Mujeres en Acción* (1933); *El Diablo Romántico* (1922); una novela: *El Paraíso de turistas* (1922); libros de poesías: *Púas* (1929); *Manantiales eternos* (1930); *Guirnaldas y otros poemas* (1933). *Dictamen sobre una proposición del socio Antonio Enrique Filio relativo a la letra X en la palabra México, por los señores Perfecto Méndez Padilla y Vicente Garrido Alfaro* (1937-38).

Referencias acerca de este valioso escritor, tenemos en Vicente Garrido Alfaro, "David Alberto Cossío, In Memoriam, en el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, T. L., 1939, p. 223 y ss y en el mismo *Boletín* p. 285 y ss., el trabajo de Adrián Cravioto, "Velada en honor de David Alberto Cossío".

Fuente: David Alberto Cossío. *Historia de Nuevo León*. 5 v. Monterrey, N. L., J. Cantú Leal, editor, 1924. I-107-116.

LOS COLONOS DEL NORTE DE MEXICO

Operóse un cambio radical, ya fuera de la escena política, en el Nuevo Reyno de León, su primer gobernador. Los indios de estas comarcas, de las de Tamaulipas y de las de Coahuila, recomenzaron inmediatamente que supieron que Carvajal había sido conducido a México, su antigua vida de guerra y exterminio. El profundo respeto que tenían por aquel hombre singular, se relajó a su salida; y peor aún cuando se extendió la voz que había sido muerto en la capital de la Nueva España. En Saltillo, también fue aprovechada esta situación por algunos de los malquerientes de Carvajal. Este Presidio, fundado primero por don Francisco de Urdiñola padre; elevado a la categoría de villa con el nombre de Santiago del Saltillo por don Francisco de Ibarra con los privilegios, ejidos y agostaderos que facultaban las Reales Ordenanzas; desalojado de coachichiles y borrados por el alcalde

mayor del Presidio de Guanajuato, don Juan Torres de la Laguna a quien se atribuye, asimismo, haber llegado en sus campañas contra los indios hasta tierras de Nuevo León o sus fronteras; reafirmada la fundación de la villa de Santiago del Saltillo por Urdiñola el joven, en los tiempos del célebre capitán Juan José, apodado Calderilla; su antigua ocupación por Carvajal después de su capitulación con el Rey Felipe II, por estimar que estaba dentro de su jurisdicción, creó a éste, como ya observamos, serias dificultades con el Virrey, pero muchas de ellas fueron sugeridas por los dos o tres quejosos que desde Saltillo influyeron en su contra.

Lejos de este lugar el bravo capitán, era natural que los antiguos disgustados, españoles o indios, se irguieran, desvanecida ya la sombra que les hacía Carvajal.

No obstante, este último supo educar aguerridos capitanes y soldados que, con los de vieja experiencia como Diego de Montemayor, Alberto del Canto, Gaspar Castaño de Sosa, Agustín de la Zarza (o Garza), el capitán Palomo y muchos otros, pudieron continuar su obra, en provecho del Rey y del cristianismo.

Villas y rancherías se multiplicaban rápidamente en toda la frontera Norte de la Nueva España; y cada año se concertaban por los activos capitanes de la Conquista descubrimientos que ampliaran los dominios de la Corona. Don Gaspar Castaño de Sosa, que, como hemos visto, dejando la Alcaldía Mayor de la Villa de San Luis (hoy Monterrey), fue a la Provincia de Coahuila a comprar el puesto de teniente de gobernador en Almadén, cargo para el que lo designó don Luis de Carvajal antes de partir preso a responder a las inculpaciones del Santo Oficio, pensó en nuevos viajes, algunos de ellos ya en proyecto desde los tiempos del primer gobernador del Nuevo Reyno de León.

Había observado Castaño que era poca la producción de plata de los minerales que se seguían trabajando con todo ahinco, para el número extraordinario de gente que acudía, llena de esperanzas de fácil enriquecimiento. Por otra parte, los bastimentos, no abundaban cerca de los lugares de labor, y eran, en lo general, caros. Castaño pensó, pues, en ir en busca de tierras más ricas; y las noticias que recibió de que "más al Norte había gente vestida" lo animaron a salir desde luego hasta encontrar los soñados lugares en los que pudiera sonreírles mejor la fortuna.

Vinieron indios a Almadén con piedras minerales de cerros

distantes. Todas ellas tenían buena apariencia. Dice Alonso que "hizo ensaye; limó una tembladera de plata y echó en la cendradilla disimuladamente, y al tiempo de salir la plata, hallaron un tejo casi mayor que la mitad de las piedras del metal ensayado, con que exclamando, dijo: ¡es posible que estemos aquí perdidos, teniendo tanta riqueza!"

Sus compañeros perdieron la cabeza con aquello, y llenos de interés por la nueva ocasión que se les presentaba para probar suerte, pidieron a Castaño que los llevara a donde estaban aquellas minas que anunciaban tesoros fabulosos. Poco tiempo más tarde, el capitán Castaño levantaba el real y salía con su compañía, dejando desierta la Villa de Almadén, fundada por don Luis de Carvajal y de la Cueva.

Aprovisionó en las carretas, bastimentos; juntó bueyes de arado, rejas y las herramientas que pudo; y con las armas necesarias fue en busca de "la gente vestida" de que le hablaban en vagas informaciones indios de la región.

Al principio había desalientos y contradicciones entre varios de los suyos, llegando los descontentos hasta querer volverse a Almadén, desconfiados del triunfo; y para meter en disciplina a los que trataban de difundir entre los demás la falta de fe, hubo que dictar pena de muerte por traición al Rey.

Por el camino, muy al norte y noroeste, hallaron indios vestidos, de los que se valieron para enviar correos al cacique, después de haber hecho un largo recorrido lleno de peripecias y teniendo muchas veces que sembrar y esperar la cosecha para que no escasearan los alimentos. De esta manera, don Gaspar Castaño de Sosa, con su gente, pudo llegar a lo que hoy se llama Nuevo México. Hizo una relación detalladísima de su viaje, al Virrey. Tomó posesión, en nombre de Su Majestad de todos los ríos, valles y cerros que iba cruzando; todo lo asentó en su informe con expresión de día, mes y año, incluyendo en su noticia la de pueblos que fundó y de los que salía con frecuencia para hacer nuevos descubrimientos, deseoso de extender en todo lo posible las conquistas de la monarquía española y la predicación del Evangelio.

Esmerábase don Gaspar Castaño de Sosa en sus tareas, arduas por cierto, de conquista y fundación de pueblos, al noroeste; y entre tanto, en la Villa de Santiago del Saltillo, el ambicioso y mala cabeza Juan Morlete, el mismo que ayudó a la caída de Carvajal, escribía a la Real Audiencia de México denunciando a Castaño como rebelde a la monarquía y como tirano. Vengaba así un anterior disgusto tenido con don Gas-

par. En su carta dirigida a la Audiencia, se permitió hasta pedir facultades para ir a combatirlo y traerlo a obediencia. La Audiencia, por su parte, ingenuamente creyó en todo lo dicho por el belicoso y pícaro Morlete, y facultó a éste para que saliera en busca de Castaño.

Bien armado, en compañía de veinte hombres, salió Morlete de la villa de Santiago del Saltillo; y siguiendo la huella de las carretas que en su viaje llevó Castaño, fue a dar hasta el sitio donde éste había pernoctado; sólo que, por entonces, hallándose Castaño de viaje, tierra adentro, dejó como teniente suyo a Juan Pérez de los Ríos, a quien Morlete presentó sus ordenanzas que llevaba de la Audiencia.

Juan Pérez de los Ríos, ante los recados expresos que llevaba Morlete, no insistió más y entregó la fuerza.

Castaño, en el camino, recibió aviso, antes de llegar a la población, de lo que ocurría; y oyó, también, el ofrecimiento que le hacían sus leales para defenderlo contra la audacia de Morlete; pero aquél, respetuoso de las disposiciones superiores, se entregó y fue conducido a México.

Ya en la capital de la Nueva España, Castaño se vio aislado, lleno de cargos hechos por la intriga y la maldad; desalentado al ver que todo su trabajo de conquista había sido destruido, pues los sitios que pobló quedaron, a su salida, desiertos. El fundador de la primera hacienda de labranza en el Nuevo Reyno de León, en lo que es San Francisco de Apodaca, y fundador del Ayuntamiento de lo que es hoy Monterrey; teniente de gobernador de la provincia de Coahuila y poblador de Nuevo México, fue condenado a destierro a la China, no valiéndole la apelación que hizo de su sentencia ante el Consejo.

Fue decretada la inocencia del capitán don Gaspar Castaño de Sosa, cuando había muerto en China, en ocasión en que el gobernador Gómez Pérez de las Marinas hizo una entrada a las Islas del Maluco, en una galera, a manos de los chinos.

Cuando la nueva de su descargo llegó a China, de allá vino la noticia de la muerte de este gran portugués que, como un gran número de los de su nacionalidad, con sus hermanos españoles que aquí vinieron, fue de los fundadores de villas, haciendas y minerales de estas regiones del norte, donde antes solamente floreció la guerra y la muerte.

Mientras se desarrollaban esos acontecimientos en los que fue protagonista don Gaspar Castaño de Sosa, otros, en el Nuevo Reyno de León, cambiaban la faz de vida en estos lu-

gares. A la salida de su primer Alcalde Mayor, la villa de San Luis quedó prácticamente abandonada en sus servicios, y paralizada en sus actividades mineras y agrícolas. En las minas de las Mitras, Santa Catalina y el real de la Villa de Cueva (Salinas) dejó de haber el acostumbrado ajetreo; y casi todos los que trabajaban aquí, emigraron para la ciudad de León. atraídos por los minerales de la Sierra de San Gregorio, engrosando así el ya crecido número de aventureros que llenaban esa región.

La codicia de los que en la ciudad de León, no se conformaban con recoger el producto de las minas, sino que comerciaban con las "piezas" (indios que capturaban en las rancherías cercanas) para venderlos entre los europeos ya ricos originó serios conflictos a don Diego de Montemayor, el gobernante interino del Nuevo Reyno de León. Estas desavenencias fueron siempre muy mal vistas por el Virrey obispo don Pedro Moya de Contreras, quien dictó constantemente las medidas mejores que halló para corregir los abusos.

En cierta vez ocurrió que el capitán Linares mató a un indio, acusándole de haber forzado a una hija suya. El mismo capitán Linares, para ocultar ante los ojos de los indios, el castigo que hizo en el nativo, enterró a éste en el corral de yeguas de las Casas Reales. Para mala fortuna del capitán, uno de los astutos indios descubrió el homicidio por los pies del muerto, que había quedado casi a flor de tierra. Como los indios negaban que su compañero hubiera forzado a la hija del capitán, por una parte, y por otra, recibiendo el aviso del que tuvo el fúnebre hallazgo, la emprendieron todos contra los europeos, suscitándose con ese motivo un grave motín, ya al rojo los ánimos por las desavenencias anteriores.

Se entablaron sangrientas luchas; y como al que perseguían con más ardor era al capitán Linares, por lo sucedido, dieron contra éste, matándole y cortándole la lengua, después. La espada del mismo Linares, con un pañuelo en la punta, sirvió de bandera a los indios que, agitándola con gran alboroto, se esparcieron por el campo y la montaña en son de guerra.

Entre los combatientes en aquella ocasión contra los naturales se cuenta Martín de Solís, quien peleó bizarramente; pero ninguno como el gran Hernando de Arias que, montado a caballo, realizó proezas ejemplares: quitó a los indios la improvisada bandera, a tajos de su espada. Se dice que era Hernando de Arias de fabulosas fuerzas; que tranquilamente se echaba al hombro un caballo, como quien carga un cabrito,

según expresión de los mismos cronistas de la época. En cierta ocasión en que venía el de Arias de la provincia de Coahuila a la villa de Santiago del Saltillo, se echó el caballo a la espalda con todo lo que el animal llevaba, continuando por tres leguas más el camino de esta guisa, sin mostrar cansancio, y para poner a prueba sus fuerzas de fábula.

Los contratiempos tenidos por don Diego de Montemayor en la ciudad de León fueron creciendo de tal modo, que se hizo la existencia imposible para los europeos de esa comarca; y así el teniente de gobernador determinó, al fin, después de largas cavilaciones, desalojar la población. Desde la salida de don Luis de Carvajal, la anarquía se había enseñoreado de estos territorios.

Pensó don Diego en la villa de San Luis como punto de concentración, aunque le pareció poco a propósito, por circunstancias del momento, para residir en ella con los poderes y llevar su gente allí. Esta población, como ya he dicho, desde que don Gaspar Castaño partió para la provincia de Coahuila, quedó sólo poblada por las rancherías de indios y un reducido número de españoles y portugueses, siendo autoridad don Pedro Rodríguez, aquel que en un documento se hace llamar primer poblador por haber sido uno de los que pisaron primero el territorio con Carvajal; documento que desorientó a don Miguel Nieto en varias notas que dejó escritas en papeles existentes en el archivo del Ayuntamiento de Monterrey, dando ocasión a una oportuna aclaración del ilustre doctor don José Eleuterio González; aunque éste llegó a creer que nunca existió el tal Pedro Rodríguez, y llegó a pensar que fuera don Diego del mismo apellido, que gobernó después.

Desechada, pues, la idea de traspasar los poderes a la humilde Villa de San Luis, por entonces: don Diego, temeroso de que los males se agravaran de tal modo que llegaran a peligrar todas las vidas de las familias vecindadas en Ciudad de León, villa de San Luis, Santa Catalina y demás puntos ya conquistados por los europeos, hizo un llamamiento a todos los pobladores de villas y rancherías para reunirse en la antigua labranza de Castaño, la Hacienda llamada San Francisco (Apodaca) con el pretexto dizque de fundar una nueva población en aquel lugar.

Un mestizo, conocedor de la lengua coachichila, fue el promotor de esta nueva fundación; y lo hizo tan a maravilla, que despertó gran interés entre todos los pobladores que acudían de los más lejanos sitios, atraídos por las promesas que

se les hacían; con ellos, iban también las familias en gran número y de lejanos parajes, indias o españolas.

El ardid se aclaró pronto, aunque dando pábulo a serias dificultades; porque algunos no convenían en que la situación tuviera un aspecto tan grave como el que pintaba don Diego en sus explicaciones. No obstante, éste convenció a todos de que era indispensable que emigrara la colonia rumbo a la Villa de Santiago del Saltillo, en donde se estaría más en contacto con la ayuda virreinal, en toda emergencia. Unos de grado y otros por fuerza, se resignaron a seguir a don Diego en su éxodo, con la promesa de que desde Saltillo se intentaría otra entrada al Nuevo Reyno de León, cuando las circunstancias mejoraran. Nada más triste que aquella larga caravana de gente, abandonando pueblos y haciendas, formados por ellos en diez años de constantes fatigas y desvelos. El dolor de los misioneros, por otra parte, era emocionante; sabían que las iglesias, por ellos improvisadas para doctrinar a los indios y celebrar el sacrificio de la misa, quedarían destruidas en poco tiempo al empuje de las hordas bárbaras.

Tristísima fue, por lo tanto, la salida de los vecinos de la Ciudad de León; pero más emocionante aún la reunión de soldados, misioneros y familias en la Hacienda de San Francisco (Apodaca) para emprender la retirada hacia la Villa de Santiago del Saltillo. Algunos frailes, con la confianza que les inspiraba su amor al indio y el deseo de que no se perdiera su obra, quedaron entre los naturales, viviendo en sus propias chozas, amados como eran por aquellos a quienes habían logrado domesticar con sus continuos actos de sacrificio y abnegación, muy distantes de la aspereza con que eran tratados los indios por la mayoría de los soldados y los dueños de minas o de labranzas.

Sin embargo, como he dicho, ni para los mismos frailes había una seguridad completa, no obstante el respeto que inspiraban a los indios; la insurrección renacía y la guerra parecía despertar más furiosa que nunca contra los que conquistaron esta región de los fieros chichimecas.

Se llegó, por fin, la partida para la villa de Santiago del Saltillo. Se formó una larga columna de rechinantes carretas tiradas por bueyes y en las que eran conducidas las familias de los pobladores entre las herramientas, comestibles y menaje de las casas abandonadas. Custodiaban aquella caravana los soldados a pie, en mulas o a caballo. Al frente de aquella peregrinación llena de melancolía y de inquietos pensamientos,

iban el abanderado con el pendón de Castilla y un lego con la Cruz de Cristo; seguíanlos inmediatamente don Diego de Montemayor con su hijo y sus hombres de más confianza; detrás de ellos la luenga fila de carretas y soldados; cerrando la cabizbaja caravana, la muchedumbre de indios leales, que ya doctrinados, querían compartir la misma suerte de los conquistadores, entre los que iban muchos que, habiendo llegado niños o jóvenes, como el hijo de don Diego, eran ya hombres. Aquella triste peregrinación evocaba las de los pueblos nómadas de indios anteriores a la conquista, que al ir vagando de paraje en paraje, cargaban hasta con los restos de los antepasados...